

Crónica de la degustación de José E. Santos: un viaje fugaz a lo eterno

Iris Miranda

Universidad Politécnica de Puerto Rico

La lectura del poemario del puertorriqueño José E. Santos, *Crónica de la degustación*, nos provoca la sensación de haber hecho un viaje hacia lo bello en el que los fríos procesos mentales han llevado el timón de la musa poética frente a la metáfora de lo eterno (recuerdo contado en el tiempo del presente histórico de la crónica). Lo eterno transparenta lo fugaz en la expulsión del amor/vino, en el acto de la degustación. Constituye un viaje conceptista en el que el hablante lírico o cronista se debate entre un maravilloso sentir momentáneo y un deseo igualmente intenso de razonar, eternizar y apartarse, a la vez, de lo vivido. Con un estilo de sencillez delirante, y el uso de imágenes retadoras e innovadoras, la *Crónica de la degustación* (en adelante *Crónica*) privilegia la mirada aislada que ha subordinado la burbujeante pasión del amor gozado a la reflexión posterior. Es poesía paradójica que nos conduce, por caminos lírico-conceptuales, hacia el reencuentro con lo bello. Este breve análisis no pretende ser un estudio teórico, sino un colorario de impresiones críticas sobre un poemario en el que se destacarán los tropos característicos de su uso poético particular. Partiremos de las categorías temporales de lo eterno y lo fugaz.

Lo eterno

Lo eterno coexiste con lo fugaz en el conglomerado de opuestos, lo que nos permitirá atrevernos a observar el nuevo orden prometido y anunciado en sus versos como una mística de la degustación.

Contrario a las cosmogonías universales que se inician en el momento del amanecer, este poemario nos invita a su lectura desde un espacio temporal diferente que tampoco suele explorarse en el espacio nocturno del Eros tradicional. Comienza la historia de un amor, en el momento de la tarde calurosa como augurando lo que está por acabarse, como se aprecia en el Poema 1: “Es de tarde / y se asoma el rastro de nuestro tiempo. / Un mismo calor/calcina lo que queda de cordura”. (5) Y es en la tarde donde el encuentro amoroso se da advirtiéndonos la aparición de un orden nuevo trasgresor que orbitará en la contradicción y enfrentamiento de opuestos:

Es de tarde y razona
el entendimiento su verdad y su exceso,
y en ese cúmulo de instantes
mi boca y la tuya
se juntan para reordenar toda secuencia,
abolir la historia,
rescribir todos los textos,
rehacer todo lo concebido.
Es de tarde
y la realidad ha decidido
exhibirse, mostrarse,
en el enlace de nuestros dedos
y en el ardor de nuestros labios. (p. 5-6)

La voz poética nos anuncia los tensores principales del texto: la razón en su devenir con la corporeidad; y, la creación a través de la palabra, génesis amoroso, que todo lo rehace. En el Poema 2 observamos la tensión entre la razón y la corporeidad y su juego con la “palabra” cuando el instante amoroso se vuelca hacia lo eterno, hacia lo que se fija paradójicamente, en el apasionado lirismo verbal santiano: “Jamás el irse se ha sentido / como el instante mismo de la permanencia. / Todo es presente que se extiende

atrapado / entre los silencios de tu cabello / y las palabras erizadas en tu piel”. (p.7) El razonamiento comienza a transgredirse ante la actitud de la voz poética que procura una coexistencia de los tiempos en uno sólo, el presente: “Un solo presente, / todo, / todo el mismo permanecer...” (p. 7) En el sentimiento contradictorio del irse que se queda ocurre dicha trasgresión.

Con un juego de palabras que evoca la poesía infantil comienza el Poema 13, describiendo el encuentro del amor puro que se eterniza en un instante en el tipo estrófico de una cuarteta rota en cinco versos. El lenguaje es coloquial y sencillo y guarda una distancia prudente del juego conceptual: “Hoy te he visto sin saber, / sin saber que te vería, / sin saber, / puro accidente / pura eventualidad imprevista.” (p. 29) Con el privilegio de la mirada del cronista, que anunciará lo sensorial, continúa la fábula acentuando la causalidad e inocencia de un amor que nace inesperado:

Vi tus ojos acaso, por primera vez
y sentí tu voz tan real
tan anclada
en la contundencia de la experiencia.
Nadie sueña,
nadie imagina,
nadie llega
con la preconcebida noción
de lo que ha de decirse,
yo
tan solo,
te he visto y sentido tan sola
acaso por primera vez.
Y te busqué y me buscaste: (p. 29-30)

Con el mismo lenguaje coloquial sale de la fábula para ofrecer una máxima amorosa en los próximos tres versos: “Sincerarse es una forma de amar / tan real, /tan accidental.” (p. 30) Cierra el poema describiendo el acercamiento final desde los ojos de la amada uniendo las dos perspectivas visuales en el eterno saludo de un segundo de amor: “Hoy me has visto sin saber, / sin esperarlo, / puro accidente, / y me has mirado, / y te has acercado a mí lentamente, / y has pasado tu cabeza por mi hombro / por un segundo”. (p. 30)

En los poemas presentados hasta el momento, hemos visto el principio femenino en un rol “tradicional” de la mujer-amante por la que se debe luchar, por la que vale la pena que la historia se reescriba en el verso apasionadamente razonado de la poesía santiana. Los primeros versos del Poema 4 develan el plan maestro de nuestro cronista a la luz de la paridad implícita entre texto y vida o, bien, los opuestos tradicionales de vida y muerte perpetuados en el verso, lo eterno:

Te he dicho que mueres
como la memoria de los siglos
atenta a la resurrección de los lectores.
[...]
Si te he dicho que mueres
siente, piensa
qué es lo que te he dicho en verdad. (p. 11-12)

En 12 versos y 69 palabras y a manera de pregunta retórica extendida se le requiere a la amada que razone todo el proceso de percibir, de recurrir a su conocimiento previo, sentir el mensaje hasta llevarla a pensar a la deducción de que ha de ser immortalizada. En otra ocasión, en el Poema 24, el cronista abandona su identidad de hombre común y se apropia del eterno divino. Un génesis poético, se yergue

en la metamorfosis de su doble apoderamiento; primero como el dios totalitario, a modo del Antiguo Testamento: “Deseo ser el dios, / el único, / el que sentencia y determina / todo apresto y toda carencia, / el que diseña y genera, / el que se enoja y deshace, / el que te toma por los brazos / y te besa con la furia de todos los cielos, / el que intenso consume los reparos / y te convence de que su palabra es la tuya. / ¡Cuánto deseo ser tu dios! / ¡Cuánto deseo hacer del tiempo mi designio!” (p. 52) Luego, como un dios mortal que no resucita, sino que sucumbe y se torna incondicional a la voluntad de su adoradora, enumera una serie de anti-razones que terminan en una construcción paradójica genial al final del poema: “Solo por ti, / solo por renunciar / a todo lo que es posible / y aceptar tu infernal paraíso, / perderme en él, / encontrarme en él, / redefinirme, recrear, / ser dios a partir de tu palabra, / a partir de tu deseo, / y morir, / y no resucitar, / ser solo tu discurso, / tu desesperación, / tu gesto extendido, / tu calma alteradora, / tu deleite desconcertante”. (p. 52-53) El gesto breve, se prolonga. La tranquilidad, inquieta. El deleite, no se disfruta.

El conceptismo santiano, o su conglomerado de opuestos, el uso de la paradoja añadida al recurso del oxímoron de los últimos versos del poema anterior nos permite atrevernos a señalar parte del nuevo orden prometido y anunciado en el primer poema: una mística de la degustación en el que el encuentro amoroso se ha divinizado. En el Poema 27, nuestro cronista crea un espacio especial para el recuerdo erótico en el hermoso decreto de los primeros dos versos que luego une a la experiencia corporal:

Proclamo un oasis
 más allá de toda ausencia.
 Mi pensamiento se vuelca en tus sudores
 y reclama espacios oscuros
 en que riges indecente.
 Vive conmigo esta procesión de excesos,
 tú, centro y origen, cauce y disfrute,
 sostenida solamente
 por mi abrazo indecoroso.
 [...]

¡Ah, celebración viciada
 que nos une
 en la narración de extravagantes posesiones!
 Y vuelves a mi piel,
 cierras y abres tus ojos
 y sientes sobre ti los míos,
 y sientes mi verdad
 que erecta
 te retoma
 y te devuelve
 a este sagrado recinto,
 el oasis donde moran mis manos y mis
 labios,
 donde fielmente
 te muerdo los oídos
 con mis impúdicas palabras
 y tus ensueños impuros. (p. 59-60)

Así describe el oasis-recuerdo del encuentro amoroso (todo es permisible en la corporeidad). A pesar de la inminente ausencia de su amada, la voz lírica pretende rescatarla en la eternidad del verso-crónica.

Lo fugaz

Deseamos ahora acercarnos a los poemas de la pasión delirante, perversa, que alimenta gran parte de la *Crónica*... con el pretexto de contar la totalidad de lo sucedido en un intento de sobreponer la razón a las penurias del desamor y el peligro en el que están inmersas las palabras del proceso creador. El cronista, voz lírica hacedora y razonadora está a punto de desaparecer ante la poderosa mujer-cuerpo presentada en el Poema 5:

Hoy me traicionan las palabras.
Son mis manos las que te buscan
Para cimentar tu cuerpo entero a la pared.
Mi cuerpo se impone como demente libre... (13)

Sin embargo, en el Poema 3, el cronista había reconocido su incapacidad de contar su relato razonado y recurre al intento de comprender el código lingüístico de la amada:

¿Cómo disputar el cielo
de tu palabra aguda y juiciosa?
Su sonido y su sintaxis
conducen a ese centro
en el que habita el mayor de los deleites. (9)

Es urgente para él, apoderarse de ese código, y reconocerla cual si fuera un mapa de sentidos para consumir el acto amoroso:

Preciso toda forma conocida por tu verbo
todo gesto, toda secuencia de sonidos
entrañada en la corriente eterna
de los ardores.
Discute, sentencia, enlaza:
Te escucho y me sostengo. (9-10)

La incursión en el nuevo lenguaje, el de ella, lleva a la voz del cronista a mirar a través del espejo en el Poema 7.

Cuando me observo en el espejo
Solo puedo ver la escritura de tu perversión.
Mordidas, pellizcos, succiones, cardenales
Juegos entre dientes y uñas
que reclaman una creatividad primitiva
y totalizadora. (17)

La corporeidad del cronista se hace pergamino evidenciando, el código lingüístico de una Lilith vencedora, su pasión desenfrenada, su canibalismo con mordidas y succiones hasta llegar al final del tiempo para perder su identidad en el nuevo código:

Mi cuerpo es entonces tu nombre,
Es mi nombre y el tuyo en ejecución.
Lápiz tu ser sobre el mío:
Veo los primeros trazos
veo los últimos, tan fuertes,
y deseo leerlos, descifrarlos,

hasta que acabe el texto sus páginas,
 hasta que acabe mi cuerpo su espacio,
 hasta que acabe el tiempo con su forma
 y borre toda memoria, toda identidad. (17-18)

Es decir, hasta desaparecer en ella deleitándose en el recuerdo del lenguaje del acto amoroso. Cronista y amada fundidos en un mismo código neutralizador: él como pergamino y ella como la escribiente musa.

La figura femenina, continúa su semejanza con la legendaria Lilith, en el Poema 12. Aquí se revela como la experta jugadora (reina de corazones), cuando el cronista repite sus palabras de advertencia de que todo para ella era juego, diversión. La relación amorosa se torna mesa de póquer en donde parece que sólo la casa gana. Él sabe que jugará, que perderá y que sólo se quedará con los recuerdos y una metafórica destrucción de la amada:

Dices que todo es juego.
 Segura,
 sin el mínimo rastro
 del juego que es la duda.
 Coronada: imperas.
 Te he visto desde otro lugar,
 ese que entiendes y declaras
 menos apetecible y más difícil,
 y me encamino a tu territorio
 sin pasaportes ni salvoconductos.
 Todos dicen
 (las voces, los vientos, los ecos)
 que me perderé,
 que el pensamiento y la razón
 me han de revocar el deseo,
 y que el fuego de mi diáfana intención
 se apagará.
 El juego acabará conmigo.
 El juego destruirá mi raíz y mi fundamento.
 Te he de retar pero fracasaré,
 y sólo me quedará la endeble satisfacción
 de haber jugado,
 de haberte amado,
 de haberte destruido. (27-28)

Del divertimento se pasa al desamor; del desamor a la aceptación; y de la aceptación a la esperanza por parte de nuestro cronista ante la pérdida de su amada. Sólo queda recordarla a través de una memoria latente de lo fugaz, de la pasión, del delirio amoroso.

Concluye *Crónica de la degustación* con el poema titulado, Poema 30. Treinta como los días de un mes. ¿Acaso el plazo del cronista impuesto a sí mismo para contar su historia? El poema comienza con la alusión a la luna, cerrando el tiempo lírico de la tarde ardorosa en la noche apagada del adiós: “Una recia luna/he eclipsado/ sumergida en ríos/ de hilvanadas palabras violentas.” (65) No obstante, la despedida del cronista de su amada, se observa el deseo de nombrarla por última vez. Y cito:

Y así,
 de lo simple a lo rebuscado
 he abusado y me he sustentado
 con tu nombre,
 tu nombre hecho delicias,

tu nombre hecho censuras,
tu nombre hecho tu nombre,
celebrado y sentido,
acariciado,
herido, sanado, envenenado
por las señas de una apetencia extraviada
de un deseo entre amores amenazado,
condenado a cimentarse
y a extender desviado
el instante breve que sutil reclamaste. (66)

Entre los muchos atributos de esta obra literaria, nos queda abundar sobre el uso particular de los recursos poéticos empleados por el poeta. Además de las figuras de estilo como el oxímoron, la paradoja y las construcciones antitéticas como mencionamos anteriormente, Santos hace gala del retruécano y de metáforas nuevas e imágenes sensoriales, siendo una de las más audaces el uso de la sinestesia como se observa en el Poema 21: “Todavía huele mi mano a tu sabor, / a la destilada savia de tus placeres...” (46), que otra vez viaja de la pasión o elixir destilado a la razón crónica en un intento por escapar del sentir doloroso a la taimada idea como quien ha logrado distanciarse, alejarse: “...con el recuerdo mental que tu olor me deja”. (46)

Santos emplea una variedad de recursos como el apóstrofe para crear la rima interna de su verso. En su mayoría, sus versos son breves y alternan el bisilábico con combinaciones de hasta 16 sílabas. Las pausas son obligadas para que nos detengamos a pensar y a razonar con él, la locura en que se ha sumido. Un estilo se forma en lo que cabe destacar aquí como un lirismo conceptista de verbo sencillo, firme y dirigido, pleno de recursos poéticos que invitan al lector a una reevaluación del instante eterno del amor pleno, pero fugaz.

El placer que se deriva de las imágenes en *Crónica de la degustación* (2006), el rencuentro con lo bello, la convergencia de lo eterno y lo fugaz, hacen que este poemario invite delirantemente a múltiples lecturas.

Obra citada

Santos, José E. *Crónica de la degustación*. San Juan: Tríptico editores, 2005. (Impreso)